

El Evangelio es del cap. 14 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : No se turbe vuestro corazon. Creéis en Dios, creed tambien en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Si no fuese así, os lo hubiera dicho. Voy á preparar el lugar para vosotros. Y cuando me hubiere ido, y hubiere preparado lugar para vosotros, vendré otra vez, y os tomaré conmigo, para que en donde estoy yo, esteis vosotros tambien. Y adonde voy lo sabéis, y sabéis el camino. Dijole Tomás : Señor, no sabemos adonde vas : ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Respondió Jesus : Yo soy camino, verdad y vida. Ninguno va al Padre sino por mí. Si me hubierais conocido á mí, hubierais conocido tambien á mi Padre : y desde ahora le conoceréis, y le habeis visto. Dijole

Felipe : Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Le dijo Jesus : Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, ¿y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve tambien al Padre. ¿Como dices tú, muéstranos al Padre? ¿no creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo ; sino que el Padre que está en mí, él es el que obra. ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Si no creedlo por las mismas obras. De verdad, de verdad os digo : El que cree en mí hará tambien las obras que yo hago, y las hará mayores que estas ; porque yo voy al Padre. Y cualquiera cosa que pidierais al Padre en mi nombre, la haré.

MEDITACION.

Del conocimiento y amor de nuestro Señor Jesucristo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la verdadera felicidad y la verdadera vida consiste en conocer bien á Jesucristo. Todos los demás descubrimientos, todas las demás luces del entendimiento humano son fuegos fatuos, brillanteces aparentes, nubes iluminadas que alumbran poco, y suelen descubrir no mas que aquellos anchurosos caminos que guian á la perdicion. Jesucristo es el camino que se debe seguir, la verdad que se debe creer, la vida inseparable de la suprema felicidad. ¿Pero es muy frecuentado este camino? ¿es muy abrazada esta verdad? ¿es muy solicitada esta vida, en la cual consiste la bienaventuranza eterna?

¿es conocido Jesucristo de aquellas almas carnales que solo viven la vida de los sentidos, á quienes ciegan lastimosamente las pasiones? ¿es conocido Jesucristo de aquellos disolutos que le persiguen ; de aquellos mundanos que le desprecian ; de aquellos medios cristianos que le desacreditan con su vida ; ni aun de aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, y le deshonran con sus costumbres poco regulares? ¿es conocido este soberano dueño de aquellos, que estando dedicados á su servicio, le sirven tan indignamente?

¿Conocemos lo que es, lo que puede, y lo que hace? ¿mirámosle como á soberano dueño de todas las cosas, como á único árbitro de nuestra suerte, como á supremo Juez de todos los hombres?

Siendo Soberano esencialmente feliz por sí mismo desde toda la eternidad, quiso hacerse hombre en tiempo para morir por los hombres ; y voluntariamente se entregó él propio á la muerte, y muerte de cruz para redimirlos. ¿Se conoce bien este grande beneficio? ¿se comprenden estos misterios? Y si nuestra fe produce este conocimiento, ¿qué respeto, qué amor, qué gratitud profesamos á nuestro divino Salvador? ¿Puedo lisonjearme de que mis afectos den testimonio de que le conozco? Y si mi conocimiento es el que debe ser, ¿cómo es posible que honre tan poco, y sirva tan mal á Jesucristo? En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios ; en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad ; en él tenemos plenamente todas las cosas ; él es la cabeza de los principados y de las potestades ; él es el que borró la cédula, la sentencia de condenacion que estaba pronunciada contra nosotros ; él la anuló clavándola consigo mismo en la cruz. ¿Reconocemos bien todas estas prerogativas, todas estas eminentes cualidades, todos estos dones, todos estos beneficios que debemos á Jesucristo? ¿pues dónde está nuestra veneracion, nuestro profundo respeto, nuestra ternura? Para que con la distancia ó con la ausencia no se entibiase nuestra fe, él mismo se nos acercó, y se vino á vivir entre nosotros. Y porque nuestros ojos débiles no podrian soportar el resplandor de su Majestad, le escondió, le ocultó con el velo de los accidentes del pan en el adorable sacramento de la Eucaristía. Allí está realmente ; ¿pero reflexionamos nosotros que está allí? Consultemos nuestra modestia en el templo ; nuestra ansia por visitarle ; nuestra frecuencia en hacerle corte ; nuestra hambre por recibirle ; nuestra devocion, nuestro respeto en su presencia. ¡ Ah, y cuanta verdad es que no conocemos al que está en medio de nosotros!

¡cuanta verdad es que está en el mundo, y que el mundo no le conoce! ¡que vino á vivir entre los suyos, y que los suyos no le recibieron! ¡pero infelices de aquellos que le desconocen!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que si es la mayor de todas las desdichas no conocer á Jesucristo, no es menos funesta, conociéndole, no amarle.

Los demonios creen todas las verdades de nuestra religion; las creen, y se estremecen. Ellos mismos esclaman: *Tú eres el Hijo de Dios*; saben muy bien que es Cristo; ¿pues de dónde nace su desdicha? De que con una fe tan comprensiva y tan patente, y con todo este estéril y especulativo conocimiento no le aman. ¿Y no habrá algunos cristianos en el mundo, á quienes se les pueda reconvenir con lo mismo?

Debiera ser muy sensible, muy palpable el tierno amor á Jesucristo; porque todas las cosas le están pidiendo, le están solicitando, están clamando por él; hermosura sin par, bondad sin semejante, beneficios sin número, sin precio. Amónos con esceso; y al presente no nos ama ni con menos liberalidad, ni con menos ternura. Toda la correspondencia que nos pide, es nuestro corazon. Como si le pareciera poco ser nuestro fiador, nuestro redentor y nuestra guia, quiere tambien ser nuestro sustento, y quiere él mismo ser nuestro premio. ¿Parécete que ha hecho poco para merecer nuestra ternura? ¿pero todo eso que ha hecho, basta por ventura para que le amemos? ¿basta para movernos, para ganar nuestro corazon? ¿ese corazon, que con tanta facilidad tan pródigamente entregamos por una palabra de cariño que nos digan, por un corto beneficio que nos hagan?

Todos desean agradar y ser queridos; en amando mucho nada se niega. ¿Pero nos matamos por agradar á nuestro divino Salvador? Antes bien, ¿qué no hacemos para disgustarle? Profánanse escandalosamente sus sagrados templos; atrévase la impiedad y la irreligion hasta el pié de los altares; no hay irreverencia que no se haga aun en su misma presencia. ¿Acaso tiene limites en nuestros tiempos la indevoción y el descaro? ¿qué caso se hace de la doctrina de Cristo? Se desprecian sus mandamientos; se hace burla de los que le sirven, y falta poco para que se condene la moral del Evangelio. Esos jóvenes disolutos, esas mujeres del gran mundo, esos hombres de negocios, esos idólatras de los placeres y de las diversiones, esas personas consagradas á Dios, pero tan poco religiosas, ¿todos estos aman mucho á Jesucristo? Y luego nos admiraremos de la calamidad

de los años, de las necesidades y miserias públicas que todo lo desuelan, toda lo arrasan, y todo lo llenan de llanto y de dolor. Pues qué, ¿ignoramos por ventura que todas las criaturas se arman justamente para vengar nuestra portentosa ingratitud con un Señor tan benéfico?

Con mucha razon clama S. Pablo: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, anathema sit*: Si alguno es tan insensible que no ame á nuestro Señor Jesucristo, sea anatematizado. ¿Puede haber mayor ingratitud, mayor malicia, mayor impiedad que no amar á Jesucristo?

¡Ah, divino y amable Salvador mio! ¿podré yo lisonjearme de que os conozco? Y si es tanta mi dicha, que pueda decir con vuestro Apóstol: *Tú eres Hijo de Dios vivo*; ¿hallaré acaso en todo mi porte ni en toda mi conducta un testimonio práctico de que verdaderamente os amo? Cubierto de confusion, lleno de dolor, pero al mismo tiempo de una grande confianza en vuestra divina gracia, me atrevo á prometeros, ó Salvador mio amabilísimo, que os amaré, y que ya comienzo desde este mismo punto á conocerlos y amarlos.

JACULATORIAS. — Sí, yo os amaré de aquí adelante, mi Señor, mi fortaleza, mi refugio, y mi amable libertador. (*Psalm. 17.*)

No, mi dulce Jesus; aunque sea menester morir contigo, por tí, no te negaré, no dejaré de amarte. (*Marc. 14.*)

PROPOSITOS.

1 *La vida eterna*, decia el Salvador del mundo á su Padre, *es conocerle á tí por verdadero Dios, y al que enviaste Jesucristo, hijo tuyo*. La mayor desdicha que puede suceder á un hombre, es no conocer á Jesucristo; pero no es menos que esta, conocerle y no amarle. Todos los cristianos tenemos la dicha de conocerle; ninguno hay que no se honre, que no se glorie de ser discípulo suyo. ¿Pero podemos decir con verdad que le amamos? Bien sabes tú quién es: ¿pero le tratas con el respeto que merece? Y cuando eres tan delicado, tan zeloso de que se te trate á tí con la atencion que, á tu parecer, se te debe, ¿con qué devoción, con qué modestia, con qué veneracion te pones en su presencia? Examina aquí el fervor y la puntualidad con que cumples con las obligaciones de cristiano, y examina tambien la compostura y el respeto con que te presentas en la iglesia. Es el Evangelio la palabra de Jesucristo; ¿qué veneracion profesas, qué estimacion haces de esta divina palabra? No ignoras los pre-

ceptos ni las máximas de Jesucristo; ¿qué caso haces de aquellos y de éstas? Consulta tus máximas y tu porte. Hay á la verdad muchos cristianos; ¿pero hay muchos verdaderos fieles? Mira bien si eres acaso comprendido en el número de aquellos de quienes dice S. Pablo en su Epístola á Tito (cap. 1.) que *confitentur se nosse Deum, factis autem negant*: con las palabras confiesan que conocen á Dios; pero con las obras lo niegan. No te olvides de lo que añade el mismo Apóstol: *Cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt... sed obscuratum est insipiens cor eorum; dicentes enim se esse sapientes stulti facti sunt.* ¿Qué excusa tendrán los que, conociendo á Dios, no le glorificaron como á Dios? Cególos su misma insensatez, y los que se tenían por sabios ¡y por prudentes se calificaron de necios.

2 Di valerosa y animosamente con S. Pablo: *Non erubescio Evangelium (1. ad Rom.)*: No me avergüenzo de hacer lo que manda el Evangelio. Y así nadie se admire de que como cristiano perdono generosamente aquella injuria; de que no me deje arrebatado de la cólera, como lo hacia hasta aqui; de que no asista ni á los espectáculos, ni á la comedia, ni á la ópera; de que ya no me deje ver en aquellas casas públicas del juego, ni parezca en las concurrencias profanas. Jesucristo, á quien reconozco verdaderamente por mi Dios, por mi Salvador y por mi Juez, me lo prohíbe; su Evangelio me manda abstenerme para siempre de semejantes diversiones. *Non erubescio Evangelium*: No me avergüenzo de este Evangelio; y mas sabiendo que un vil respeto humano malogra infelizmente muchas veces los mas fervorosos propósitos. Di con valor á esas personas que solicitan contigo que seas menos severo, menos rígido, y un poco mas condescendiente; á esas que te convidan á que las imites, á que las acompañes en sus peligrosas diversiones; dilas lo que decia en otro tiempo Sta. Blandina: *Christiana sum: nihil apud nos admittitur sceleris*: Cristiana soy, y este solo nombre, esta sola profesion me prohíbe estas diversiones. Haz hoy una visita particular á Cristo en el Sacramento, para pedirle perdon de lo poco que hasta aqui le has conocido y amado, para prometerle en adelante una fidelidad inalterable, rezando á este fin la letanía de la Virgen. Acuérdate de lo que intima S. Juan: Que el que dice que conoce á Dios, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso: *Qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est. (1. Joan. 2.)*

